

Un bosque de dudas

El bosque desnudo

JORGE CADAVID

Fundación Común Presencia,
colección Los Conjurados,
Bogotá, 2013, 147 págs., il.

EN 2000 Jorge Cadavid (Pamplona, 1962) publicó *La nada* (Universidad de Antioquia), su primer libro de poesía, y en adelante, en estos trece años siguientes, ha publicado diez libros más, casi todos de poesía (uno es una antología de poemas cortos de todo el mundo, *Ultrantología*; otro es una antología de poesía colombiana, *República del viento*, y otro es *Escribir el silencio*, ensayos literarios). Sus poemas y textos son también muy cortos, a veces nada más que una imagen, una búsqueda permanente por la precisión, la levedad y la humildad, sin duda movidos por su vocación mística, religiosa, por su clara inclinación hacia el espíritu de la poesía oriental y sufí, ese espíritu místico del islam, presente en grandes poetas de la humanidad, como san Juan de la Cruz.

En 2013 Cadavid publica el último libro de poesía hasta el momento: *El bosque desnudo. Diario oculto*. Son pequeños textos en prosa que, una vez más, buscan aquella voz queda, íntima y espiritual que el escritor concibe en la poesía como lo máspreciado, como lo que es para él, sin duda, lo más anhelado del arte poético, o un arte de la vida, que él parece buscar, más incluso que la poesía misma. Es muy dicente lo que apunta el autor en el comienzo de su prólogo al libro que comento: “Este pequeño libro fue hecho para aumentar la duración de la mirada. Es solo un ejercicio contemplativo de alguien que intenta alcanzar quietud y apaciguamiento, quizá crear un poco de vacío dentro de su propio ser. Mirar con el ojo de la mente” [pág. 7]. Son aproximadamente ciento treinta breves textos de dos, cuatro, cinco o diez líneas que indagan en una observación, en una idea, en un anhelo, en una reflexión. A veces se pregunta, a veces afirma, otras veces cita, pero siempre se abstrae de los asuntos terrenales, de los problemas de los días y quiere ir hacia una esencia; aunque dude, es hacia allá

a donde dirige su mirada, su deseo, su hambre de ver.

Los textos están dispersos por varios años y también por varios sitios, a juzgar por los nombres y las fechas que pone a veces debajo de ellos: Ávila, 2010; Córdoba, 1997; Ibiza, 2011; Heidelberg, 2012, etc. Sin duda en sitios de recogimiento y meditación, en momentos en los cuales el sentimiento se hizo palabras, pero palabras que quieren alcanzar el sentimiento, o la nada, como tanto le gusta al autor, que, por otro lado, bien puede querer con estas prosas, no la poesía, sino un estado del espíritu, como es acorde con alguien que, a veces, en la poesía, o en la disposición de sus textos a manera de versos (en otros libros), lo que pretende es alcanzar un estado del alma, digamos, una especie de éxtasis que solo quiere rendir culto a la despreocupación de la existencia, al dejarse ir en el silencio y nada más. Tal y como apunta aquí: “Me inclino ante no sé bien qué para orar sin palabras. Dejo pasar los pensamientos, los miro de lejos con fervor. No hay nada malo en lanzar una plegaria al viento” [“La mente limpia”, pág. 99].

Un autor como Jorge Cadavid se juega una fuerte carta con libros como este que, como digo, está en el tono y en la disposición de otros que ha publicado: *El vuelo inmóvil* (2003), *El derviche y otros poemas* (2007) y *Los ojos deseados* (2011), por ejemplo. Libros hechos de instantes, de algunas ideas que se afincan en la inaprehensión, en el desapego de todo lo que represente la pertenencia de algo o hacia algo. “Todo estilo es un medio para insistir sobre algo”, dice la escritora estadounidense Susan Sontag, y es ello, justamente, lo que creo de la escritura de Cadavid. Porque no son sus libros, de manera normal, la indagación de mundos tangibles, expuestos a vaivenes, a temperamentos y a hallazgos literarios determinados, sino la indagación de una sola idea, quizá, algo como el vacío, como la nada, como la contemplación y el ensimismamiento que nada buscan, justamente. El vuelo estático, para decirlo con uno de sus títulos. Como los derviches giróvagos, que tanto lo inspiran y que tanto lo influyen, sus textos giran tantas veces en torno a sí mismos, en torno a una idea que, simplemente, varía, pero no cambia, una idea como

en estos versos de *Los ojos deseados* (Común Presencia, 2011):

LA MIRADA SILENTE

Un pájaro
es una hoja

Una hoja
cuyo árbol
no existe.

[pág. 26]

El lector puede preguntarse, con razón, dónde está el mundo aquí, es decir, su mundo. Porque él no vive ni busca, con generalidad, ningún misticismo, ninguna instancia en la que habita, sobre todo el espíritu, como sí lo hace el poeta (este poeta). Ya sabemos que el libro literario es un objeto cuyo contenido interesa al lector si en él, de alguna manera o de muchas maneras, hablan de su mundo y de él mismo, si él allí se siente aludido, si aquello que constituye la literatura ayuda a descubrir su mundo. En su primer libro, *La nada* (2000), el misticismo de Jorge Cadavid no estaba del todo declarado, digamos. Aunque ya era una voz en busca del espíritu de la naturaleza, en busca de la claridad de sus contemplaciones, había espacio para el regodeo chispeante de una observación, como en “La hoja”, su primer poema:

El adiós infinito
de la hoja al caer
me recuerda
que inmortal es un día.

Aunque sus textos eran ya un acampadero de sus búsquedas hacia la nada, había en muchos de ellos objetos, animales, ríos, frutas que le decían de una materialidad que influía sus sentidos. Incluso una imagen fuerte, ambigua y bella cabía en un poemario inicial, como:

IMAGEN

Madre bañándome a la fuerza
sus pechos desnudos pegados a los
míos
toda la rabia y el amor latiendo tan
juntos.

[*La nada*, pág. 66]

Quizá lo mismo ocurre en un libro como *Tratado de cielo para jóvenes poetas*, con el cual ganó, en 2008, el Premio Nacional de Poesía de la Universidad

de Antioquia (edición de la Universidad de Antioquia). Su título ya es un juego, una especie de irreverencia con los serios tratados de cualquier cosa. Adentro, sus textos siguen en la misma línea, grosso modo: no se toman muy en serio muchas cosas de las que dice, señalando cielos, nubes, pájaros, vuelos. En “Los cambiantes dibujos del mundo” [pág. 35] dice que cuarenta y cinco mirlos pueden dispersarse desde un solo espino, como respuesta a la pregunta inicial de ¿cuántos pájaros puede esconder un árbol? Pero, claro, como es un libro preparado sin duda para el concurso citado, entonces busca conservar un “hilo temático” (ese hilo del que tanto hablan los jurados de los concursos), en este caso las nubes y todo lo que se le asemeja. De esa manera también escribe poemas como:

CHARLA CON NUBES

No hay modo de conocer
la lengua de una nube
¿No será el silencio el que hable
por el blanco?
¿No serán nubes
mis pensamientos?

[pág. 65]

Es decir, poemas insulsos que tienen la sola justificación del tema que anuncia en su título, y donde vienen a dar textos prescindibles. La hipotética pregunta del también hipotético lector que digo arriba, en casos como estos tiene plena vigencia, creo.

En *El bosque desnudo*, después de libros y libros, y después de viajes y viajes (físicos y mentales), la voz se torna, ya sí, hacia sí mismo, hacia el aprendizaje definitivo del vuelo estático. El subtítulo del libro es *Diario oculto*, como si fueran, entonces, confesiones (o apuntes personales), en vez de textos literarios. Claro, también el uso del término “diario” está en contraposición a lo que estamos acostumbrados en ese sentido. Aunque echa mano de lugares y fechas, como son los diarios normalmente, el quiebre viene cuando nos damos cuenta de que sus apuntaciones nada tienen que ver con anécdotas y hechos relevantes en la vida de quien escribe. No es un diario del autor, sino del espíritu de su autor, por decirlo así. Los títulos de sus páginas ya evidencian lo que digo: “Como una imagen”, “El adentro”, “El umbral”, “Signos”,

“De la levedad”, “Ojo de la mente”, “El clamor del silencio”, “Catacresis”, “La eternidad”, “El secreto”, “Lo vacío”, “Alfa centauro”, etc. Muchos de estos textos tienen sentido, intuyo, solo para su autor, sin duda iniciado en asuntos de las filosofías orientales y sufís, y muy poco tocan al lector “de a pie”. ¿Qué puede decirle a un lector cualquiera un texto como:

ALFA CENTAURO

Bajo la vertical azul del cielo, en estado de alerta, expresa lo que se sabe. Se abre a lo desconocido, se precipita en el abismo anterior al lenguaje. Escribe para penetrar en lo desconocido y llegar a desconocerse. Esta vertical del cielo viene –según Jorge Eduardo Enielson– desde la constelación alfa centauro?

[pág. 78]

Me permito aventurar que muy poco o nada.

El bosque desnudo es un libro para leer en momentos de absoluta soledad, quizá, y de total silencio. En un momento en el cual estemos preparados para un viaje trascendental a la inmovilidad. Pese a eso, también me temo, poco lograremos si buscamos una lectura placentera.

Luis Germán Sierra J.